

VII

UN AÑO CON NIÑOS ESPAÑOLES

Antecedentes

Se ha comentado *a posteriori* que quizá fue desacertado separarlos de sus familias y enviarlos a tierras lejanas. Sus padres y los organizadores de las expediciones no podían plantearse el problema en términos fríos y académicos. El bando nacional había bombardeado Madrid como prólogo del asalto de la ciudad, y en 1937 los trimotores de la Legión Cóndor habían arrasado Guernica. Era lógico, pues, el deseo de poner a salvo de esos horrores a los niños. Otra cosa es que la separación se prolongara hasta 1957 para los que fueron a la Unión Soviética. Que, según datos fidedignos, eran cerca de 3.000: 1.800 del País Vasco y 850 de Asturias. Había también algunos de Madrid y de Levante.

La evacuación fue trágica. Uno de los barcos que salieron del puerto de Gijón, repleto de niños, fue hundido por la aviación franquista. Otro resultó gravemente averiado.

Las expediciones que consiguieron arribar a puertos franceses fueron embarcadas en motonaves rusas y transportadas a la Unión Soviética. Se habilitaron para los niños españoles casas especiales con personal ruso y español. El pueblo de la URSS volcó sobre ellos toda su simpatía. Luego estos niños —los mayorcitos entrando ya en la adolescencia— tuvieron que afrontar las dificultades que la invasión de las tropas de Hitler impuso a toda la población del país que les había acogido.

Educador en Ufá

A finales del otoño de 1943 descendí, con un macuto por todo equipaje, de un vagón del tren Moscú-Cheliábinsk en el andén de la estación de Ufá.

Recostada al pie del caudaloso Biélaya, la capital de Bashkiria (que yo había entrevisto apenas en fugaces estancias anteriores) se componía entonces de casitas de madera grisácea rodeando los edificios modernos del centro y las aglomeraciones fabriles.

Semanas antes de mi llegada a Ufá, Dolores Ibárruri, Ignacio Gallego y otros dirigentes del PCE reunieron en Moscú a varios ex militantes juveniles que nos hallábamos en el ejército, para exponernos la situación. En virtud de una disposición del Ministerio de Instrucción Pública de la RSFSR (República Soviética Federativa Socialista de Rusia), nuestros niños debían salir de las Casas especiales creadas en 1937, cuando terminarían el séptimo grado de la enseñanza media. Para que no tuviesen que arrostrar por sí solos las privaciones y los rigores de la retaguardia, se nos propuso que, previamente desmovilizados (para lo que el PCE haría la oportuna petición), encabezásemos estos grupos de adolescentes y nos esforzásemos por solucionar sus problemas de todo tipo en contacto con las autoridades administrativas y docentes.

Muchos de los flamantes educadores (otros fueron a Sarátov, Tashkent y otras ciudades) carecíamos de experiencia. Yo había leído en Valencia antes de la guerra *Shkid o la república de los vagabundos*, de dos autores soviéticos, Bielik y Panteleiev, y me estremeció anticipadamente la idea (entonces quimérica) de compartir la dirección de un colectivo infantil en una situación de guerra y de escasez.

Eso, precisamente, es lo que ahora tenía que hacer.

Finalizadas las formalidades de la desmovilización salí de Moscú hacia mi punto de destino.

Tras un viaje inacabable llegué a la capital bashkir. Las frecuentes y prolongadas paradas del tren en estaciones abarrotadas de militares y de esas multitudes menesterosas que los grandes cataclismos —las guerras, por ejemplo— ponen en conmoción, la penuria general, producto inevitable de una consigna de espartana rigidez —*todo para el frente*—, subrayaban la crudeza del entorno en que iba a trabajar.

Aquel mismo día me puse al habla con mi compañero de equipo, *Chema*, José María Meseguer, enérgico maestro arago-

nés. Se había acordado que actuaríamos en equipo con maestros o con educadores procedentes de las Casas de Niños. Yo tenía que presentarme en un Centro medio de enseñanza técnica donde cursaban desde septiembre unos 80 muchachos y muchachas españoles. En este establecimiento, el *Aviatsionni Téjnikum*, denominado así porque era subsidiario de una gran fábrica de motores de aviación, podían capacitarse como peritos o contra maestros en diferentes especialidades metalúrgicas. También tendría relación con una veintena de chicas que estudiaban en el *Meditstnski Téjnikum* (equivalente a una escuela de ATS). Chema se encargaba de la coordinación con las autoridades locales y del contacto con las escuelas ferroviarias en las que había grupos de alumnos españoles.

Todos ellos habían llegado a Ufá desde las colonias de niños españoles ubicadas en Moscú y evacuadas al estallar la guerra a Birsk, Yasykovo y otras localidades de Bashkiria.

A las futuras enfermeras o practicantes les había proporcionado residencia su escuela, lo cual era una ventaja. La de aviación, requisada parte de sus edificios por un hospital militar, no pudo hacer lo mismo con sus alumnos españoles. Se les albergó, pues, en un caserón de una planta sito en un extremo de la ciudad, que en tiempos había utilizado la Komintern.⁸⁷

Semirrodeaba esta casona un jardín cubierto de maleza por el que era arriesgado adentrarse. En invierno —allí la temporada fría dura unos ocho meses con temperaturas de hasta 35 o más grados bajo cero— no había peligro de empantanarse en la porquería, pero al usar las letrinas podía darse un traspies sobre estalagmitas de congeladas defecaciones. Mientras estuvimos allí, un operario del Soviet del distrito se cuidó de la limpieza del pozo negro, poniéndonos al abrigo de una epidemia.

En la cámara mayor dormía el grueso de los chicos. En otras, más reducidas, los restantes. Las muchachas ocupaban dos cuartitos. Chema, con su mujer y con su hija pequeña, otro, minúsculo, a la entrada. Yo pernocté en la cámara grande hasta que me echaron los piojos. Aunque habían caído ya las primeras heladas, me afeité la cabeza en una barbería.

Alertados, para combatir los parásitos organizábamos peregrinaciones colectivas a los baños públicos, pero ya se sabe que guerras, carencias y parásitos son inseparables.

87. La Internacional Comunista se había disuelto el 15 de mayo de 1943.

Cuando quedó disponible en la casona un cubículo con tabiques de chapa, en el que a duras penas cabía un camastro, me trasladé a él.

Aprendizaje

En la escuela de la fábrica de motores fui bien recibido. Su director, Fáikin, comprendía la necesidad de prestar atención especial a nuestros jóvenes, tan dramáticamente desarraigados. A mí me incluyó en plantilla como educador. Además, como el sueldo era muy pequeño, me encargó darles el curso de inglés previsto en el plan de estudios. Los maestros de las asignaturas técnicas, antiguos contra maestros de fábricas de la comarca, me acogieron y trataron con auténtica camaradería.

Yo debía procurar que los chicos estudiaran aceptablemente, lo que les aseguraba, amén de un módico estipendio o beca, las cartillas de pan (550 gramos diarios) y de otros víveres.

Gestionábamos la transformación de las cartillas de esos otros productos en una comida diaria servida en un establecimiento de alimentación pública o en la cantina de alguna empresa convenientemente abastecida. En esto había altibajos que nos llevaban a mudar de fuente de suministro.

Chema solía comer con su familia. Antonia era costurera y eso les permitía defenderse un poco mejor. Yo vivía solo. Como mi cartilla de empleado era inferior a la de los chicos (500 gramos de pan y cantidades menores de los otros productos), cuando mis cupones se agotaban dejaba de ir con ellos a la cantina de turno y me arreglaba como malamente podía hasta el mes siguiente.

Fui conociendo a mis educandos. Cuando en pleno invierno salía, a oscuras, de mi cuchitril para despertarlos, me atribuían verlos tan escuálidos. En algunas ocasiones se convirtieron en mis educadores, apuntándome fallas debidas a mi inexperiencia.

El intendente de la escuela técnica recurría a mí para que los *ispántsi* descargaran un camión o sacasen del río troncos aserrados, semienquistados en el hielo. Los chicos me hicieron ver que para el intendente era muy cómodo poder disponer con prontitud de una veintena de brazos, en lugar de tener que llamar por el apellido a otros alumnos si quería que se dieran por aludidos. Después de un altercado bastante vivo por mi parte.

en presencia del nuevo director, Chiniónov⁸⁸ las peticiones del intendente menguaron a proporciones admisibles.

Otro caso. Las milicias insistían en que los muchachos formalizaran el empadronamiento. Ellos temían —con bastante razón— que si se empadronaban en Ufá, tuvieran luego inconvenientes para domiciliarse en Moscú o en otra ciudad de su elección. Cuando capté el sentido de sus objeciones, hice la vista gorda y los formularios de empadronamiento se quedaron sin rellenar.

Por las tardes recorría las heladas habitaciones de la casona, conversaba con muchachos y muchachas y me metía en mi cuarto para preparar mis lecciones. A través de los tabiques oía, sin poderlo remediar, cómo, excitándose con sus propias palabras, recordaban platos y comidas de cuando vivían con sus padres, la alimentación en el buque soviético que los trajo a la URSS o en las Casas de Niños. Muchas veces les rogué que renunciasen a aquella nueva versión del suplicio de Tántalo. Pero el hambre tiene sus leyes. A la tarde siguiente volvían a la carga.

La fuerza de estas reminiscencias gastronómicas desconcertó a Luis Fernández, que fue desmovilizado después que yo y vino a Ufá con su esposa para desempeñar un puesto de educador en una de las escuelas ferroviarias. Trazando una semblanza de José Díaz para sus pequeños pupilos, mencionó que en cierta ocasión Pepe había ocultado manifiestos revolucionarios en una canasta de *roscos sevillanos*. El aluvión de preguntas y comentarios sobre las excelencias de este producto desbarató la charla de Luis.⁸⁹

«Tío,⁹⁰ Kíev es nuestro»

Los avances de las tropas soviéticas contribuyeron a mejorar nuestra situación en lo tocante a alojamiento. El hospital

88. Fáikin fue reemplazado tras un proceso no carente de cierto matiz antisemita.

89. Luis Fernández, excelente trabajador político en la guerra de España, murió más tarde en Moscú, de tuberculosis.

90. Este apelativo se emplea para las personas mayores, es otra forma de llamar *viejo*. Por cierto, los niños españoles nos llamaban *viejos* a todos los adultos, aunque a los mayores les llevábamos pocos años.

militar que ocupaba el edificio principal del *Téjnikum*, se lo devolvió. Por otra parte, las autoridades municipales nos proporcionaron una céntrica planta baja en la que se instaló, con Chema y su familia, una parte del colectivo. Yo seguí en la casona con los restantes.

Ahora mi itinerario cambiaba. Al salir del *téjnikum* me pasaba por la nueva residencia, compulsaba con Chema las tareas pendientes, hablaba con los chavales y, después de bajarme y atarme las orejas del gorro de piel y de cerrar al frío glacial todo resquicio de la pelliza, encendía un cigarraco de *majorka*⁹¹ liado con papel de periódico, y cruzaba las calles casi desiertas hasta llegar a la casona. En el centro de Ufá me detenía para comprobar el repliegue de los alemanes en el mapa mural colocado frente a la Unión de Cooperativas y la Central de Correos.

Una noche, cuando cegado por la nevasca no atinaba con la puerta de nuestra vieja residencia, aunque la tenía a dos pasos, me abrazaron unas muchachas, gritando jubilosamente:

—¡Tío, Kíev es nuestro!

Eran ucranianas. El gobierno y diversos departamentos oficiales de la República soviética de Ucrania se habían establecido en Ufá tras la evacuación.

Tenía yo entonces 27 años.

Seguíamos a diario la marcha de las operaciones por medio de la red de radiodifusión. Estábamos familiarizados con la voz de Levitán, el famoso locutor de Radio Moscú, que leía los partes de guerra. En las horas libres, frecuentaba la sala de lectura del comité local del PC (b) de la URSS, donde podía leer *Pravda* y *Britanski soyusnik*.⁹² Por este boletín me enteré del discurso de Churchill en el que daba las gracias a Franco por no haber sumergido a Inglaterra cuando se hallaba con el agua al cuello. Aquella frase me permitió entrever la madeja de intereses que tanto retrasaría la evolución democrática de nuestro país después de la segunda guerra mundial.

No creo que fuéramos demasiado pelmazos con los chicos al ponerles al corriente de las cosas. El esfuerzo soviético de guerra marcaba sobradamente nuestra existencia, haciendo superflua toda machaconería. Conversábamos con ellos como amigos, evitando adoptar tonos de infalibilidad doctoral. Los

91. Picadura de tabaco fuerte.

92. *El aliado británico*, boletín de información que editó durante la guerra la embajada del Reino Unido en Moscú.

revolucionarios no se hacen por encargo ni en incubadoras. Esa frase que suele citarse en relación con el tema —«estos niños son un tesoro del partido»— yo no la interpretaba en el sentido de que debiéramos cultivar un vivero de alevines comunistas, sino en el de que el PCE se sentía depositario de estos niños para devolvérselos a sus padres convertidos en personas cultas.

Polizones

Accidentalmente recalaban en el colectivo de Ufá niños o jóvenes compatriotas zarandeados por los vientos de la guerra.

Llegaron una tarde dos pequeños. Venían de la región de Saratov, donde algunas Casas de Niños españoles se habían asentado en pueblos desiertos de la suprimida República autónoma de los alemanes del Volga. No sucumbieron de hambre y de frío durante el azaroso viaje porque les socorrieron caritativos viajeros rusos de los distintos trenes que hubieron de tomar. Nos dijeron que estaban allí (en la zona del Volga) muy mal, y habían oído que en Bashkiria se estaba mejor. Supimos que, aprovechándose de la falta de control, el director de su Casa estuvo traficando con los víveres destinados a sus pupilos hasta que intervino la rigurosa justicia de tiempos de guerra. Meseguer consiguió colocar a los dos arriscados viajeros en una de las casas que funcionaban en Bashkiria.

Otra vez apareció un muchacho algo mayor, de quince o dieciséis años, que vivía al margen de la sociedad. Venía hecho un desastre, los piojos pululaban en su pelambrera como vivientes granos de arroz. Yo mismo le llevé como primera providencia a una barbería, pagué por adelantado y le rogué al oficial que le afeitase la cabeza. En cuanto di media vuelta, convenció al barbero para que le devolviese el dinero y se fue a gastárselo en el rastro. Finalmente le pelaron chicos de nuestro colectivo.

Queríamos aclimatarle con nosotros. Como prueba de confianza, le encargamos que llevase del centro a la casona unas mudas de ropa interior que acabábamos de obtener. Cuando volví a la casona horas después, nadie me supo dar razón de las mudas ni del portador.

Fue una pena que emprendiese el vuelo porque ya teníamos cama y trabajo para él en una fábrica de Ufá dirigida por un entusiasta *komsomolets* que había sido niño vagabundo durante la guerra civil rusa.

Hasta entonces no había habido robos en el colectivo. La desaparición de las mudas abrió una mala racha. Alguien forzó el candado de mi cubículo y se llevó otro paquete de ropa interior que tenía preparado para distribuirla entre los más necesitados.

La cosa era preocupante. Si no se cortaban los robos, la residencia podía convertirse en un infierno. Mi primer ensayo de los métodos de Makarenko⁹³ había fracasado. Hice otra tentativa en este caso. Hablé con los muchachos, les expliqué que si se esfumaba la confianza entre nosotros, no se podría vivir. Luego me retiré. Hubo una violenta discusión, se identificó a los culpables. Estos, por propia iniciativa, pidieron el traslado porque les avergonzaba seguir viviendo con sus compañeros.

Puestos Meseguer y yo al habla con Hurtado y Pozo, que llevaban a un grupo de jóvenes españoles en las fundiciones de Bieloretsk organizadas en el siglo XVIII por Pedro I, viajé con los tres incidentales raterillos para instalarlos allí. A mi conocimiento, no reincidieron. Parte del trayecto lo realizamos en un tren minero. Fue la única vez que crucé la cordillera de los Urales.

Realidades y fantasía

Las crudas realidades de la guerra nos rodeaban. Había muchos mutilados en las calles, estaba el exiguo racionamiento cuyo mejor ornato era el pan, ese diario trozo de pan negro que alguien calificó de *arma secreta* de la victoria soviética.

¡Qué difícil era soportar las punzadas del hambre cuando había la posibilidad de recibir en la panadería por cartillas la ración del día siguiente! Pero era mejor ese duermevela del hambre que tirarse luego 48 horas sin probar el pan que nos parecía el mejor de los manjares.

Jamás pasé tanta hambre como en Ufá en el que fue para la retaguardia rusa el período más duro de la guerra. De aquella etapa conservé para largos años una verdadera pasión por el pan. Y lo mismo les pasaba a los chicos.

Estaba luego el otro plano, el de la fantasía. Ahora con la televisión es más arduo situar las películas en la época en que se vieron. Todo se mezcla y se superpone. Entonces era distin-

93. Antón Makarenko (1888-1939) está considerado como uno de los fundadores de la pedagogía soviética.

to. Cada película tenía su propia circunstancia y se relacionaba con unos acontecimientos, con una situación determinada.

Por ejemplo, cuando escucho música de Glenn Miller, digamos *Sun Valley serenade* o *Chatanooga shu-shu*, recuerdo que esas melodías las escuché en una película vista en Ufá en 1944, protagonizada por la campeona mundial de patinaje Sonja Henye en el papel de adolescente refugiada noruega que terminaba casándose con un multimillonario, interpretado, creo, por Robert Taylor. Las muchachitas de nuestro colectivo absorbían aquella vida ficticia y soñaban con el advenimiento de un príncipe azul.

Realidad era el viraje en la marcha de la guerra. Los ejércitos soviéticos desarrollaban los éxitos de Stalingrado y Kursk y avanzaban en Bielorrusia. Los periódicos, roto el monopolio de imagen ejercido por Stalin, insertaban grandes fotografías de los mariscales y generales que estaban conduciendo las armas liberadoras. Por las avenidas principales de Moscú desfilaron 57.000 soldados y oficiales alemanes capturados en la ofensiva que, tras la reconquista de Minsk, Baranovich, Vilnius y Lublin, culminó el 28 de julio de 1944 en la liberación de la fortaleza de Brest⁹⁴ y de todo el territorio de Bielorrusia. La operación de Bielorrusia fue la derrota más abrumadora que sufrieron los hitlerianos en el frente oriental, con un saldo de 350.000 bajas (los efectivos de 26 o 28 divisiones).

Cuando se produjo el desembarco de Normandía (6 de julio de 1944), saludado por Stalin como «un éxito brillante de nuestros aliados, sin parangón en la historia de las guerras por la vastedad de concepción, la grandiosidad de las proporciones y la ejecución magistral», yo, alborozado por el pensamiento de que la inminente liberación de Francia acortaría los sufrimientos del pueblo ruso, concedí sin encomendarme a nadie un día de asueto a mis alumnos españoles. Creo que mis superiores en la administración del *téjnikum* no habrían aprobado esta espontánea decisión mía, pero la cosa transcurrió sin consecuencias.

Lo que yo no podía imaginar es que la operación de los ejércitos de Eisenhower —cuya foto apareció en primera plana en la prensa soviética— iba a tener una curiosa repercusión en nuestro colectivo.

Acicateado por el hambre y buscando una atenuante a su

⁹⁴. Escenario de prolongados combates al principio de la guerra, en los que pereció casi toda la guarnición de guardafronteras soviéticos.

propósito en la certidumbre de que estaba próximo el fin de la guerra, uno de nuestros muchachos (un valenciano cuyo nombre recuerdo perfectamente, pero que me reservo porque no quiero perpetuarlo asociado a un gesto irreflexivo de adolescencia) vendió en el rastro la única chaqueta y los únicos pantalones que poseía, se pagó un *pir*⁹⁵ y se metió en la cama, declarando que no se movería de allí hasta que el presidente Roosevelt le renovase el vestuario.

¿Qué hacer? Era improbable que la súplica ultimativa de nuestro chaval franqueara las paredes de la Casa Blanca. Makarenko tampoco había previsto el caso de sus escritos, muy aleccionadores por otra parte.

A falta de mejores asesoramientos, consultamos con la almohada. Como no disponíamos de fondos para reponer la indumentaria vendida confiscamos las cartillas de nuestro huelguista de hambre, las hicimos vender en el rastro, y allí mismo le compramos con ese dinero otra chaqueta y otros pantalones guateados. Nuestro cálculo era que tampoco los demás muchachos permitirían que feneciera de inanición. Efectivamente, entre todos le mantuvimos durante un mes, compartiendo con él nuestra magra alimentación, y así se solucionó el peliagudo problema. El protagonista no se enfadó. Incluso nos dio las gracias y admitió que no existía otra alternativa.

El pozo y el péndulo

Al aproximarse el verano recibí, lo mismo que los demás enseñantes del *téjnikum*, un trozo de tierra en las afueras de Ufá para cultivarlo con mis propias fuerzas. Planté patatas y, como mis fuerzas eran escasas, solicité la ayuda de varios muchachos del colectivo. Luego repartí la cosecha con ellos. La parte que me correspondió cubría todo el suelo de mi cuartito. Tuve que abrir dos huecos para poner los pies y saltar del camastro. Pero hasta que salieron las patatas tuvimos que trabajar de lo lindo.

Para llegar al huerto había que remontar una cuesta que pasaba junto al cementerio. Alguna vez pensé que me dejaría la piel allí, y eso que mi corazón no estaba tan maltrecho como ahora. Pesaba yo tan poco que la pala no se hundía en la tierra ni aun colocándome sobre ella con ambos pies.

⁹⁵. Festín (los *festines* de nuestros chicos consistían en un caldero de patatas hervidas y unos vasos de yogurt).

Vino a visitarme con su madre un alumno ruso del *téjnikum* para rogarme que le examinara de inglés. Aunque no pertenecía a mi grupo, hubiera accedido sin inconvenientes, pero como la madre enarbolaba una gallina cocida en calidad de argumento *ad captandum*, sentí escrúpulos y me sobrepuse a la inesperada tentación, por más que la mera visión del sabroso ex volátil soliviantó mis desentrenados jugos gástricos.

Algunos chicos fueron invitados por los directores de las Casas de Niños en las que habían estado, a que pasaran el verano en ellas. Uno de los muchachos vino a verme y me pidió que le guardase hasta su regreso un saquito de galletas, que era su cuota de las que habíamos conseguido en la red comercial a cambio de los cupones de azúcar de varios meses.

Acepté, naturalmente, y colgué el saquito del techo, sobre mi cabecera, para protegerlo de las absurdas incursiones de algún ratoncillo fantasioso que abrigara la insolente idea de encontrar comestibles en mis dominios.

Nunca lo hubiera hecho. La vecindad turbadora de las galletas prohibidas agitó mis sueños mucho más de lo que por entonces lo hubieran hecho los encantos de la más atrayente de las mujeres. Fue algo semejante, en otro plano, a los tormentos del prisionero de la Inquisición que Edgar Poe describe en *El pozo y el péndulo*.

Jornaleros de verano

Finalizados los exámenes, el *téjnikum* cerró sus puertas hasta el otoño. Los alumnos rusos, tártaros o baskires retornaron a sus familias con el loable propósito de sacar en lo posible tripa de mal año. Nuestros chavales (salvo los que, para envidia de los demás, pasaban la cánicula en las Casas de procedencia, como he dicho) carecían de esa posibilidad.

La administración del centro nos gestionó un contrato con una granja del Ministerio del Interior, cerca de Ufá.

Cuando llegamos, cuadrillas de hombres muy cetrinos con sombreritos tiroleses recogían zanahorias en la huerta. Eran tártaros de Crimea indiscriminadamente deportados de su tierra natal por presunta colaboración con los alemanes.

Nuestras miradas se clavaron en las zanahorias. Dije a los chicos que la cosecha del primer día debía tener como principal destinatario sus estómagos. Cumplieron el consejo al pie de la letra.

El territorio de la granja daba al río, y aprovechando el buen tiempo nos bañábamos en el Biélaya. Una serie de casos de paludismo se nos vino encima. Además de la casualidad, a mí psicológicamente me salvó la equivocada creencia de que estaba inmunizado por haberlo padecido en el Cáucaso.

Me desplazé a Ufá en busca de mantas y medicamentos para los enfermos. Por el camino, el viejísimo cochero tártaro del carricoche me asombró al preguntarme, en su casi incomprendible ruso, cómo estaban José Díaz y Dolores Ibárruri, hasta tal extremo llegaba la popularidad de la lucha del pueblo español.

Tras unos días de pausa en Ufá, que favorecieron la convalecencia de nuestros maláricos, trabajamos en un gran *sovjós*⁹⁶ especializado en el cultivo de patatas para hacer vodka. Nos pagó en especias. Para traerlas, como obtener un camión por los cauces oficiales era empresa problemática, y en todo caso lenta, nos ajustamos con un chófer del *téjnikum*, prometiéndole un litro de vodka.

Ya en nuestro poder las patatas, algunos chicos me plantearon que no debíamos entregarle el aguardiente prometido. Después de mucho discutir, prevaleció mi criterio de que hiciéramos honor a la palabra dada. El chófer reconoció que no esperaba las botellas, cuando fui a llevárselas en compañía de dos muchachos del comité del colectivo.

Moscú nos llama

Pasó el verano. En el ambiente flotaba la inminencia de la victoria. Uno de los signos precursores era el retorno a la capital de la URSS de las instituciones evacuadas en el momento culminante de la embestida alemana.

La dirección del PCE nos telegrafiaba para que organizásemos el regreso de los chicos.

Los alumnos españoles de las escuelas ferroviarias, que dependían del Ministerio de Transportes, volvieron sin novedad. Nuestro caso era más complicado porque, al desligarnos de los *téjnikum*, quedábamos, hasta llegar a Moscú, sin el aval de una entidad responsable. Con un poco de mala suerte, podía ocurrir que se nos hiciese retornar a Ufá.

Después de mucho cavilar, me puse de acuerdo con Mese-

96. Hacienda estatal.

guer y, combinando frases de los telegramas, firmados por Ignacio Gallego, formé una orden terminante. La administración del *téjnikum* de aviación no puso objeciones. Tampoco tuvimos dificultades en la escuela de ATS, cuyas alumnas españolas realizaron el viaje sin problemas.

Cerrábamos la marcha nosotros. Habíamos reservado dos vagones. La víspera de la partida me visitaron en la casona varios profesores rusos jóvenes y estuvimos charlando y cantando hasta muy tarde.

La mayoría de los muchachos y muchachas con los que conviví durante un año memorable se repartieron en Moscú por diversas fábricas e institutos. Conservé con muchos una buena amistad. Me emocioné aquella tarde, en medio de los campos del *sojvós*, mientras esperábamos un tren hacia Ufá, en que uno de ellos, que luego cursaría estudios de marina mercante en Leningrado, me dijo como la cosa más natural que a sus ojos yo era «un auténtico comunista».

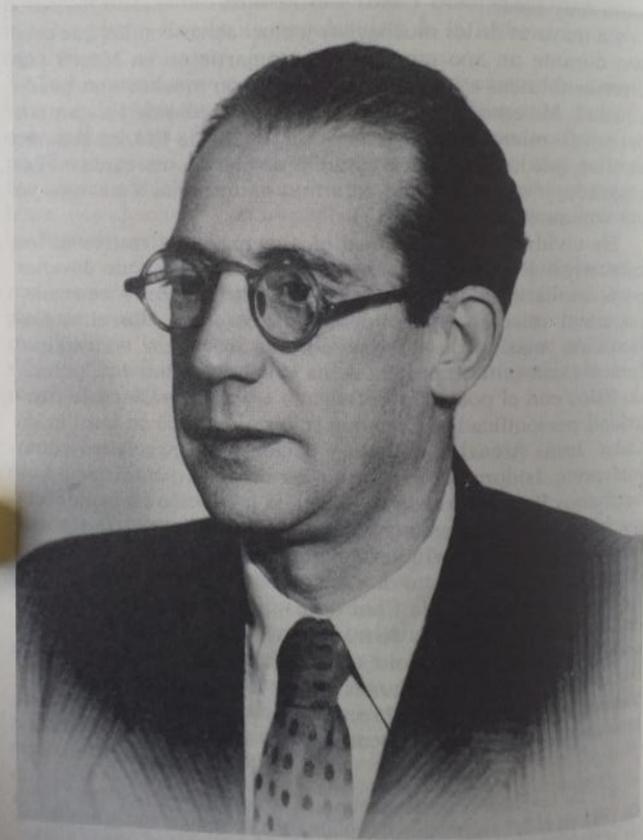
He olvidado bastantes apellidos, pero no los rostros ni los caracteres. Everardo se había fugado de la Casa de Jóvenes para combatir en el frente de Leningrado.⁹⁷ Briceño, venezolano, era el único no español del colectivo de Ufá. Marcelino Galán sería más tarde un renombrado arquitecto. «Pushkin», franco y con criterio propio, debía el sobrenombre a su parecido físico con el poeta. Julia Delgado era la honradez y la integridad personificadas. Creo que se instaló y creó su familia en Cuba. Jesús Arenales, callado y paciente, se especializó como intérprete. Isidoro Latorre llegó a ser un buen metalúrgico. Los hermanos Peñafiel trabajaron hasta la jubilación en la siderurgia bilbaína. Las hermanas López eran estudiantes concienzudas, refractarias a cualquier debilidad de ánimo. Aurora Lavin, cuyo hermano fue piloto de caza, se estableció en Saratov con su esposo e hijas. En la Casa de España de Moscú vi con frecuencia hasta 1977, año de mi repatriación, a Mercedes Ansín, seria y ponderada, y a Moisés Santamaría, voluble y servicial.

Las ATS de Ufá,⁹⁸ algunas de las cuales se licenciaron en Medicina, se funden en mi recuerdo en un grupo simpático, celoso de nuestra mayor dedicación a los *aviadores*, cuyos proble-

97. De los 74 jóvenes españoles que se enrolaron a finales de julio de 1941 en el 3.º regimiento de voluntarios de Leningrado, a mediados de septiembre del mismo año sólo sobrevivían siete. Los demás murieron en los durísimos combates.

98. Entre ellas había dos sobrinas de don Antonio Machado.

mas dependían en mayor medida de nuestras gestiones. Cuando las visitaba, generalmente al atardecer, solían pedirme que les contase un libro. Yo me paseaba por el dormitorio colectivo en sombras sin quitarme la pelliza. Ellas, arropadas en sus camas hasta la nariz, escuchaban mis improvisadas versiones de las aventuras de John Silver, Silvestre Paradox, el Lazarillo de Tormes, Mr. Pickwick y otros personajes literarios.



Agapito Escanilla, locutor de Radio Moscú (foto hecha a comienzos de los años 50, en Moscú)